

que ha salido de la pluma de Ud. (a lo menos entre lo que yo conozco), y es una de las cosas más bellas de la nueva literatura hispanoamericana».

Su otro libro, *Horas de estudio* (1910), reunió trabajos que, a pesar de su fragmentarismo, estaban unidos por una voluntad crítica rigurosa, documentada y, sobre todo, pensada como una coherente labor de investigación literaria. También recibió elogios unánimes, pero el más notable fue el de Marcelino Menéndez Pelayo quien le escribió que su libro estaba «sinceramente pensado y sobriamente escrito, con una gravedad y decoro que se echan muy de menos en la actual generación literaria. Todo ello es prueba de exquisita educación intelectual comenzada desde la infancia y robustecida en el trato de los mejores libros»⁴.

Un crítico dominicano, Federico García Godoy, apreció correctamente los trabajos de Henríquez Ureña, elogió su preferencia por los temas ideológicos, más consistentes —según él— que los devaneos en prosa y verso y situó a su joven compatriota en el cuadro general de las letras dominicanas⁵.

De México y Cuba pasó a los Estados Unidos, y en la Universidad de Minnesota perfeccionó su formación gracias al rigor académico y la disponibilidad de material bibliográfico y documental. Con su Máster (1916) y su Doctorado (1917), Henríquez Ureña consolidó su posición como crítico e investigador que unía, a la disciplina y seriedad de la formación norteamericana, la sensibilidad y el buen gusto cultivado con una incansable labor de lector, de escritor y de periodista literario. Sus viajes a España en 1917 lo vincularon con el magisterio de Ramón Menéndez Pidal quien, desde el Centro de Estudios Históricos de Madrid, y rodeado de figuras como Américo Castro, Tomás Navarro Tomás, Antonio García Solalinde, Enrique Díez Canedo y Alfonso Reyes, había renovado la investigación histórica, mediante la filología, la lingüística y la literatura hasta definir la iniciación de otra etapa de la crítica en España⁶.

En este marco de exigencia, publicó en la editorial del mencionado Centro, su tesis doctoral: *La versificación irregular en la poesía castellana* (1920), con un prólogo de Menéndez Pidal, donde éste encomiaba la «vasta exploración bibliográfica, la comprensión e interpretación de las composiciones poéticas, la apertura a direcciones nuevas y originales, la seguridad de sus teorías y la utilidad de la obra como base de estudios futuros». Concluía Menéndez Pidal: «Y bien puede decirse que Henríquez Ureña, penetrando la esencia musical de esta métrica antes desconocida, abriendo el espíritu del lector a gustar bellezas que antes dejaban insensible a la crítica, ha conquistado una nueva provincia para la historia literaria»⁷.

Con este libro, Henríquez Ureña se constituye en el verdadero iniciador de la crítica literaria hispanoamericana contemporánea. Al ensayismo sub-

³ Citado por Emir Rodríguez Monegal, «Rodó y Pedro Henríquez Ureña» (*México en la cultura*, Buenos Aires, 22, Ene-Mar., 1975, 15).

⁴ Transcripto por Etilio Rodríguez Demorizi, «Archivo Literario de Hispanoamérica» (*Revista Dominicana de Cultura*, Santo Domingo, I, 1, 1955, 140-141).

⁵ Federico García Godoy, *La literatura americana de nuestros días* (Páginas efímeras), Madrid, Sociedad española de librería, s.s.a., 197-198.

⁶ Cfr. Emilia de Zulueta, *Historia de la crítica... ya cit.*, Cap. V, 203-289.

⁷ Ramón Menéndez Pidal, «Prólogo». En: Pedro Henríquez Ureña, *La versificación irregular en la poesía castellana*. 2 ed. Madrid, Centro de estudios históricos, 1933, V-VI.

jetivo e impresionista, al periodismo fugaz donde predominaba el testimonio arbitrario del crítico, a la perspectiva ideológica, o simplemente a la amistad o al encono, Henríquez Ureña oponía una actitud diferente.

En primer lugar, complementaba el ensayismo de sus libros anteriores con el estudio orgánico, con el análisis riguroso y sistemático de la obra literaria. Se basaba en la historia de la literatura, pero se remontaba a la obra de creación contemporánea y junto al estudio filológico y lingüístico, la apreciación estética coronaba exitosamente la valoración de la obra. Sabemos que el libro o el artículo periodístico pertenecen a un género diferente del libro de historia literaria, pero en ambos casos se emiten juicios críticos, es decir, se lleva a cabo la misma operación intelectual de juzgar.

La novedad del libro de Henríquez Ureña en el panorama de la crítica hispanoamericana fue advertida de inmediato en las reseñas que se publicaron: *The Times Literary Supplement* (1921), *Modern Philology* (1922), *Neophilologus* (1922), *Modern Language Review* (1923), *Revue des Langues Romanes* (1923), *Hispania* (1920), entre otros.

Pero hubo opiniones disidentes: el chileno Armando Donoso, en *La Nación*, de Buenos Aires (1921), vio esta nueva crítica como el rechazo de buenos hábitos literarios hispanoamericanos. Objetaba que Henríquez Ureña hubiera ido a España, atrasada y retrógrada, en vez de viajar a París, sede del progreso moderno, pero sobre todo que se anquilosara en las naderías de una erudición pedantesca y sin interés, que perdiera su tiempo entre infolios polvorientos, en bibliotecas penumbrosas o en universidades norteamericanas, distantes y frías, lejos de las emociones vitales y del diálogo platónico con los grandes espíritus hispanoamericanos. Pero es curioso que este artículo lo recogiera Donoso en su libro *La otra América* (1925), prologado por Enrique Díez Canedo, cuyo fino espíritu percibió la importancia de la obra de Henríquez Ureña y que, en ese mismo prólogo, afirmó que era «un libro revolucionario: como que trae a su entronque tradicional todo el arte de los tiempos nuevos»⁸.

En 1921 Henríquez Ureña dejó los Estados Unidos y regresó a México, invitado por su amigo José Vasconcelos, que a pesar de la admiración que sentía por el crítico severo y disciplinado, también compartía prejuicios como los de Donoso y en páginas de su *Ulises criollo* (1936), reprochaba a Henríquez Ureña el preferir la crítica a la creación literaria⁹. Participó intensa y dramáticamente en la vida cultural y tanto en la cátedra como en el periodismo y en otras múltiples tareas, ejerció un magisterio renovador en la pedagogía literaria, en la investigación y en la crítica concreta de libros y autores.

En 1924 se radicó en la Argentina y enseñó en las Universidades de La Plata y Buenos Aires. Continuó con la investigación y la crítica, centrado

⁸ Enrique Díez Canedo, «Prólogo». En: Armando Donoso, *La otra América*, Madrid, Calpe, 1925, 13-14.

⁹ José Vasconcelos, *Ulises criollo*. 5 ed. México, Botas, 1936, 266-267.

en las letras españolas e hispanoamericanas, a través de las cuales aspiraba a potenciar la originalidad cultural de la América hispánica, en una sociedad justa y libre.

Urgido por múltiples afanes sólo pudo reunir en libros algunos de sus numerosos artículos, monografías y conferencias: *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (1928), con textos tan famosos como «El descontento y la promesa: en busca de nuestra expresión», «Caminos de nuestra historia literaria», «Veinte años de literatura en los Estados Unidos», a los cuales habría que agregar otros ensayos de esa época como «Patria de la justicia» y «La utopía de América».

Aunque en la misma Argentina esta obra no tuvo una acogida acorde con su importancia, no faltaron voces que comprendieron su exacto sentido. José Carlos Mariátegui, desde el Perú y el marxismo, lo reconoció como un «humanista moderno» y un «crítico auténtico». Y agregaba: «Sus juicios no son nunca los del impresionista ni los del escolástico. La consistencia de su criterio literario, no es asequible sino al estudioso que al don innato del buen gusto une ese rumbo seguro, esa noción integral que confiere una educación y un espíritu filosófico. Henríquez Ureña confirma y suscribe el principio de que la crítica literaria no es una cuestión de técnica o gusto, y de que siempre será ejercida subsidiaria y superficialmente por quien carezca de una concepción filosófica e histórica»¹⁰.

Mariátegui acertaba al captar el sentido profundo de la crítica de Henríquez Ureña, es decir, la vinculación de los valores literarios con un proceso histórico de realización humana superior. Un mexicano, Xavier Villaurrutia, también apreciaba la universalidad de esa unión de lo clásico con lo moderno, y la «libertad de quien ha ordenado los impulsos e instintos con las reglas de una disciplina, de una razón armoniosa»¹¹.

Pedro Henríquez Ureña murió el 11 de mayo de 1946, en el tren en que viajaba a dar clases en La Plata. Pero poco antes de morir alcanzó a publicar dos obras orgánicas y sistemáticas: *Literary currents in Hispanic America* (1945), traducida al castellano con carácter póstumo como *Las corrientes literarias en la América hispánica* (1949). También fue editada después de su muerte la *Historia de la cultura en la América hispánica* (1947).

Hay un acuerdo unánime de que ambas obras, con todo lo que significan, apenas si son un resumen parcial del inmenso saber que Henríquez Ureña atesoró sobre América, prodigado generosamente en una vida de magisterio y servicio, cuyos valores humanos atestiguaron personalidades como Alfonso Reyes, Ezequiel Martínez Estrada, Jorge Luis Borges, Francisco y José Luis Romero, Jorge Mañach, Medardo Vitier, Enrique Anderson Imbert, Emilio Carilla, Juan Carlos Ghiano, Ernesto Sábato, Javier Fernández, Raimundo Lida, José Luis Martínez, Félix Lizaso, Alfredo Roggiano, Ángel

¹⁰ José Carlos Mariátegui, «Seis ensayos en busca de nuestra expresión por Pedro Henríquez Ureña». En su: *Obras completas. Tomo 12*, Lima, Amauta, 1959, 74-75. Artículo publicado en la revista «Mundial» de Lima, el 28 de junio de 1929. Agradezco esta nota a mi querido amigo Javier Fernández.

¹¹ Xavier Villaurrutia, «Un humanista moderno». En su: *Textos y pretextos*. México, La Casa de España en México, 1940, 56-57.

Rama y Rafael Gutiérrez Girardot, en una lista que sería muy larga si pretendiéramos ser más justos.

En la obra de Henríquez Ureña se distinguen dos campos: uno es el de la filología, la lingüística, la historia y la crítica literaria; el otro, es el de la historia de las ideas y la cultura. Distinción que proviene más del acento que puso en cada uno de los trabajos, que del género o los temas. Porque por la índole de su inteligencia, aun en la especialización más severa y rigurosa, no dejaba nunca de levantar el juicio a las categorías superiores del proceso histórico y cultural.

Pero al finalizar la década de 1920, comenzaron a difundirse en Hispanoamérica los grandes cambios que había habido en la crítica literaria: al interés por las circunstancias externas que encuadraban la obra, es decir, a la preocupación histórica, filosófica, ideológica y social —que nunca ha faltado en Hispanoamérica— había sucedido la visión interna de un formalismo que atendía a los valores poéticos y de construcción. Era el auge de las ideas filosófico-literarias de Croce, Saussure, Vossler y Spitzer y de la crítica científica, con métodos de análisis basados en la filología y la lingüística. Ahora interesaba captar el modo cómo el autor trataba un tema, la forma de la estructura de la obra y el estilo con que el habla del escritor expresa el valor estético. Habían surgido tres métodos críticos: el temático, el formalista y el estilístico.

Esta nueva etapa, que en Hispanoamérica había sido anticipada por la obra de Henríquez Ureña sobre la versificación irregular española, se consolidó con otros trabajos suyos, de Alfonso Reyes y del español Amado Alonso desde la Universidad de Buenos Aires, en los cuales lograron equilibrar la objetividad y el rigor científico de conceptos y métodos, con la sensibilidad y la certeza de los juicios críticos¹².

Sin embargo, inmediatamente después de su muerte, el reconocimiento de su jerarquía académica y moral acaparó la mayor atención de homenajes y comentarios. Pero, como un signo de las nuevas corrientes de la crítica, su enfoque histórico, su visión de la totalidad literaria y cultural de Hispanoamérica, su tenaz, matizado y oportuno hispanismo y sobre todo su insistencia en el compromiso del escritor con la realización de la justicia y la libertad, le fueron enajenando el interés de los nuevos lectores y estudiosos.

Desde mediados de la década de 1940 y en consonancia con el panorama del pensamiento de la época, en la crítica hispanoamericana aparecieron tendencias que contribuyeron a desdibujar la importancia de la obra de Henríquez Ureña. En primer lugar, con el estructuralismo se extremó la preocupación formalista y se acentuó el desdén por los enfoques históricos. Creció el interés por el análisis aislado de obras y autores y se postergó

¹² Cfr. Emilia de Zulueta, *Relaciones literarias entre España y la Argentina*. Madrid, *Cultura Hispánica*, 1983, 74.